

## **LA GRACIA DE CAMINAR JUNTOS**



¡Queridos hermanos y hermanas!

Escribo mi tradicional Carta de Adviento y Navidad después de la reciente experiencia de la participación en el Sínodo de los Obispos, que se reunió en Roma del 3 al 28 de octubre junto al Papa Francisco. Sabéis que el tema era: “Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional”. Estoy agradecido a la Asamblea de los Superiores Generales que me ha elegido con otros nueve hermanos de distintas Órdenes y Congregaciones, para participar en este acontecimiento eclesial tan intenso en el que hemos sentido palpitar la vida de la Iglesia hasta el extremo del mundo. Además de los Obispos de todo pueblo y nación, fueron invitados como oyentes unos treinta jóvenes provenientes no sólo de los cinco continentes, sino también de las diversas realidades eclesiales que están especialmente en contacto con el mundo juvenil. No faltaban los representantes de las distintas Iglesias cristianas, además de un numeroso grupo de expertos que han dado una ayuda indispensable para asimilar todas las aportaciones, desgranarlas y después reunir las armónicamente en el *Documento final*.

No quiero alargarme describiendo el Sínodo con respecto a presencias y acontecimientos, porque todo esto se ha expuesto y divulgado a través de los medios, a pesar de que con frecuencia constatábamos durante el Sínodo cómo en ciertos medios, incluso católicos, daban descripciones de los debates del Sínodo totalmente privadas de equilibrio y fundamento. La ideología, sea de la tendencia que sea, está más interesada en darse razón a sí misma que en escuchar la verdad de las palabras y de los hechos.

### **Dar testimonio de un acontecimiento**

También por esto me siento movido a hablaros de la experiencia del Sínodo y de los textos que han surgido del mismo, en forma de un testimonio personal y de una reflexión preocupada de que nuestra Orden acoja los impulsos del Espíritu Santo, que el Sínodo ofrece a todos para un camino renovado de toda la Iglesia, y de cada comunidad y persona que la componen. En efecto, cuánto más avanzaba viviendo esta experiencia más percibía que el Sínodo es un acontecimiento cuyo Autor es el Espíritu Santo, y todos nosotros estábamos más llamados a servir como instrumentos de este acontecimiento que a

construirlo con nuestras ideas, nuestras palabras, nuestras capacidades. Y al final del Sínodo los instrumentos están llamados a ser testigos de un acontecimiento en progreso. El Papa nos lo ha pedido con sencillez tomando la palabra al final de la última sesión del Sínodo: “El resultado del Sínodo no es un documento (...). Estamos llenos de documentos. No sé si este documento tendrá un efecto fuera de aquí, no lo sé. Pero estoy seguro que debe tenerlo en nosotros, debe trabajar en nosotros. Ahora el Espíritu nos da a nosotros el documento para que trabaje en nuestro corazón. Nosotros somos los destinatarios del documento, no la gente de fuera. Que este documento trabaje. Y es necesario hacer oración con el documento, estudiarlo, pedir luz... El documento, es principalmente para nosotros. Sí, ayudará a otros muchos, pero los primeros destinatarios somos nosotros: es el Espíritu el que ha hecho todo esto y vuelve a nosotros” (27 de octubre de 2018).

Sería útil que en las comunidades se hiciera un trabajo de lectura y meditación del *Documento final*, aunque probablemente después el Santo Padre se inspire en él para publicar una exhortación postsinodal. El *Documento final*, seguramente no perfecto, lo hemos percibido en muchos aspectos como un verdadero milagro. Durante las horas y horas de escucha de las intervenciones más dispares, pero también en el trabajo más detallado de los Círculos menores decíamos a menudo ¿de este patio tan desordenado y lleno de polvo qué saldrá de bueno? ¿Cómo es posible que lleguemos en tan poco tiempo a producir un texto que sintetice la tan variopinta riqueza de todo lo que nos decimos y escribimos? Cuando llegó el borrador del Documento, mi asombro fue grande, porque sucedió lo imposible. El Espíritu Santo trabaja. Después lo hemos discutido y corregido, pero entre todos se notaba que dominaba un agradecimiento a Dios, a todos los participantes, y aquéllos que habían trabajado día y noche para redactar el texto, porque nos sentíamos partícipes de una obra de Dios, y la característica esencial de esta obra era una comunión entre todos nosotros que era más profunda que un simple estar de acuerdo en las ideas o en las decisiones. Es decir, teníamos experiencia del misterio de la Iglesia.

## **El don de San Pablo VI**

No es por casualidad si precisamente en medio de este mes del Sínodo el Papa Francisco ha canonizado a Pablo VI, el Papa del Concilio, el Papa que quizá más que ningún otro se ha expresado con profundidad y belleza sobre el misterio de la Iglesia, sufriendo también terriblemente por la profunda crisis que se agudizó en los años después del Concilio Vaticano II.

He vuelto a pensar en una experiencia personal que marcó toda mi vida. En el año 1975 participé en una peregrinación diocesana con motivo del Año Santo. Tenía 16 años y tenía muchas dudas, no tanto sobre la fe, sino más bien sobre la Iglesia. El miércoles estaba en la Plaza de san Pedro para la audiencia, en medio de la multitud. Pablo VI pasó no muy lejos de mí, en el Jeep. Sonreía a la multitud y hacía sus típicos gestos, sencillos y nobles, de bendición y saludo. Vi su mirada como si se dirigiese personalmente a mí. Desde aquel instante amé a la Iglesia, la he sentido siempre como mi casa, mi familia. Pedro pasó y su sombra me curó de mi mirada humana sobre la Iglesia. La Iglesia para mí se convirtió en misterio, signo e instrumento de la presencia salvífica de Cristo. Fue una gran emoción, pero no sólo una emoción, porque lo que es solamente emocionante o sentimental no dura toda la vida. Después conocí los defectos de la Iglesia, de sus miembros, incluido yo mismo, mucho más que aquéllos que a los 16 años me llenaban de dudas. Sin embargo, la gracia que me transmitió san Pablo VI jamás ha disminuido.

Y si hoy las infidelidades de tantos miembros de la Iglesia nos llenan de tristeza y de escándalo, hemos de comprender que precisamente por esto estamos llamados urgentemente a pedir al Espíritu Santo y a los santos el hacernos aún más conscientes y sentirnos asombrados ante el misterio profundo y eterno que es la Iglesia, porque será siempre desde aquí donde el pueblo de Dios podrá convertirse a la maravillosa misión de ser encarnación de Cristo resucitado para la salvación del mundo.

### **La respuesta está en la Iglesia**

Por esto, cuando leí el borrador del *Documento final*, la primera cosa que me alegró fue precisamente que el Sínodo expresaba con claridad que la fundamental respuesta a la necesidad de los jóvenes de todo el mundo, dentro o fuera de la Iglesia, es que la Iglesia sea verdaderamente ella misma, que las Diócesis y las comunidades en particular, así como las Familias religiosas, encarnen con mayor verdad y belleza el misterio de la Iglesia. Antes se tenía la impresión de que, frente al malestar juvenil, en todas sus formas, o al menos ante los desafíos planteados por los jóvenes se nos preguntase solamente: ¿Qué tenemos que hacer? Era como si buscásemos soluciones y medios para aplicarlos. Ahora se sentía que había pasado un soplo nuevo y que habíamos comprendido que antes de preguntarnos qué *hacer* teníamos que preguntarnos qué hemos de *ser*. Los primeros cristianos no afrontaron el mundo con un análisis de las situaciones y un programa de acción. Lo afrontaron impulsados por el encuentro con Cristo, muerto y resucitado, y movidos por el don del Espíritu en Pentecostés. Así, entró en el *Documento final* la conciencia de que ante todo necesitamos “un nuevo Pentecostés” (DF 59). Y que, precisamente por esto, la liturgia es centro y fuente de la misión de la Iglesia (DF 134). La Iglesia en su misterio de esposa de Cristo, que la hace un solo cuerpo con Él, también en su ser Pueblo de Dios, emerge como la respuesta esencial a los desafíos y a las exigencias de todos los jóvenes del mundo, que están en su seno o fuera de ella, como dirección de su amor y de su misión.

Para despertar esta conciencia nos han impresionado sobre todo los testimonios de los jóvenes y de las Iglesias perseguidas, transmitiéndonos la confesión de fe y el grito de ayuda de sus mártires. Pero también el grito de tantos jóvenes que se enfrentan a terribles pruebas como las migraciones, la educación insuficiente, la falta de trabajo, la corrupción de aquellos que mantienen el poder, los abusos de todo tipo. Cuando un chico iraquí dio testimonio de las pruebas y del martirio de su Iglesia, todos aplaudimos largamente, pero sobre todo nos sobrecogió una profunda emoción, un gran dolor. Fue como si de improviso se abriese en el corazón del Sínodo la herida que representa el sufrimiento de los jóvenes en el cuerpo de la Iglesia, pero que con frecuencia no sentimos como nuestra, como si entre los miembros sufrientes y nosotros no hubiese un contacto vivo. San Pablo escribe: “Si un miembro sufre, todos sufren con él” (1 Co 12,26). A esta “sensibilidad” nos llama continuamente el Papa Francisco. Si no sentimos como nuestra la herida de todos los hermanos y hermanas, y sobre todo la de los niños y jóvenes, con frecuencia por culpa de los adultos, quiere decir que nuestro “ser Iglesia”, “Cuerpo de Cristo”, no es vital para nosotros, no es carne de nuestra carne. Por esto, unida a la conciencia de que la Iglesia en su misterio de comunión es lo que necesitan los jóvenes, ha crecido en el Sínodo la conciencia de la *necesidad de una conversión*, de modo que todos seamos más transparentes a lo que la Iglesia es y debe irradiar en el mundo. No es por casualidad que el *Documento final* termine con una exhortación a la santidad.

## **¿Qué torre construimos, qué batalla combatimos?**

Y llegado a este punto, he pensado mucho en nuestra Orden, y en general en la vida consagrada, con sus crisis de todo tipo, según las latitudes, pero que en lo profundo son esencialmente crisis del mismo género. El problema no son las pocas o muchas vocaciones, la economía, las observancias, la coherencia. El problema es cómo entendemos nuestra identidad y, por lo tanto, nuestra vocación. ¿La entendemos de verdad como un ser miembros vivos de la Iglesia, o como algo aparte, algo accesorio? ¿Vivimos nuestra vocación de modo eclesial? ¿La vivimos con responsabilidad hacia la Iglesia universal, hacia su naturaleza y misión?

Siempre me hace meditar en el Evangelio según san Lucas, cuando Jesús nos dice que para seguirlo tenemos que hacer como quien quiere construir una torre y calcula antes si tiene los medios para terminarla, o también como un rey que marcha a la guerra y antes calcula si con 10.000 soldados puede enfrentarse al enemigo que tiene 20.000 (cf. Lc 14,28-32). Es como si Jesús nos pidiese calcular lo que tenemos y cuántos somos, para poderlo seguir en la construcción y en la batalla de su Reino. Pero Jesús da inmediatamente un giro a esta perspectiva diciendo: “Así pues, todo aquel de entre vosotros que no renuncia a todos sus bienes no puede ser discípulo mío” (Lc 14,33). Para participar en la edificación de la Iglesia y para “militar bajo el verdadero Rey, Cristo el Señor”, como nos propone san Benito (RB Pról. 3), no se nos pide calcular los medios y las fuerzas que tenemos, sino renunciar a todo, porque la Iglesia es obra de Dios, es el Cuerpo de Cristo animado por el Espíritu Santo, y la victoria del Reino no es victoria nuestra, sino victoria de Cristo, Rey crucificado, manso y humilde de corazón, que vence al mundo amándolo, dando su vida por todos.

Es como si frente a la situación fuerte o débil de nuestras comunidades no diésemos este giro evangélico entre el *cálculo* de nuestros medios y de nuestras fuerzas y la *renuncia* a todo para abandonarnos de verdad a la obra y a la victoria de Cristo Señor, a la obra y a la victoria en el Espíritu Santo.

En este nivel, estamos llamados a una conversión profunda en nuestra manera de concebirnos a nosotros mismos y comprender nuestra vocación y misión. Porque si no somos discípulos de Jesús, renunciando a todas las demás identificaciones mundanas o eclesísticas con las que nos damos seguridad, construimos sobre arena y luchamos contra molinos de viento.

## **Abrirnos a la gracia de un nuevo Pentecostés**

Por esto, como decía, me alegré de forma especial cuando en el borrador del *Documento final* del Sínodo vi que había entrado, por decirlo de alguna manera, el Espíritu Santo, hasta el punto de dedicar el primer capítulo de la segunda parte a una profunda meditación sobre la acción del Espíritu, sobre todo en la renovación de la Iglesia y de cada cristiano (cf. DF 59-62). El Documento señala que “por lo tanto, no se trata de crear una nueva Iglesia para los jóvenes, sino más bien redescubrir la juventud de la Iglesia, abriéndonos a la gracia de un nuevo Pentecostés” (DF 60). La apertura a esta gracia es precisamente la tarea y el deseo que debemos ayudarnos a reanimar entre nosotros, y para vivir esto nos será útil trabajar en las sugerencias y las reflexiones del Sínodo.

Me limito a subrayar solo algunos puntos sobre los cuales creo que debemos trabajar especialmente, de forma personal y en nuestras comunidades, para abrirnos a esta gracia junto con toda la Iglesia. En efecto, debemos ser conscientes de que la gracia de Pentecostés es el carisma que Dios ofrece siempre a la Iglesia, porque es la fuente de todas

las gracias eclesiales y es la gracia en la que el misterio pascual de la muerte y resurrección de Cristo se cumple como Don inagotable. De Pentecostés en adelante, la Pascua del Señor continúa a derramarse con el don del Espíritu a la Iglesia, en lenguas de fuego con las que el amor de Dios renueva continuamente el don de los sacramentos, de los carismas, de los ministerios, de las virtudes y de la santidad del pueblo de Dios.

Lo que se agota no es jamás el Don de Dios, sino nuestra apertura a la gracia del Espíritu. Y necesitamos que la Virgen María, como desde la Anunciación al Cenáculo, sea para nosotros *Madre y Maestra de apertura al Espíritu Santo*. Los santos, como san Juan Bautista, san José o los Apóstoles, son aquellos que han aprendido de María esta apertura, que se han unido a Ella en esta apertura al Espíritu, condición de existencia de toda santidad y carisma al servicio de la misión de Cristo en el mundo.

## **Escuchar**

El Papa mismo, desde el primer día, nos ha pedido a los sinodales la escucha. En su discurso de apertura ha recordado que “al coraje de hablar debe corresponder la humildad de escuchar” (3 de octubre de 2018). Y para educarnos a esta escucha a lo largo de todo el Sínodo, ha pedido que cada cinco intervenciones en el aula se hiciesen tres minutos de silencio para meditar. Confieso que algunas veces eran tres minutos de siesta, porque escuchar durante horas, en seis lenguas diferentes, es cansado. Pero incluso de esta forma aquel silencio ayudaba a volver a encontrar una atención, una apertura al Espíritu que nos hablaba a través de los hermanos y hermanas del mundo entero.

Evidentemente, esta llamada a la escucha, al silencio, hizo resonar en mí los ecos de la Regla de san Benito y de nuestra vocación: “*Obsculta, o filii, ... et inclina aurem cordis tui...*” (Pról. 1). ¡Qué hermosa es esta imagen de un corazón que inclina su oído a la escucha del “*pius pater* – del padre misericordioso”!

Pero este “inclinación del oído del corazón”, implica también una mortificación. El Sínodo ha sido también una buena escuela de humildad porque, para escuchar a todos, el tiempo de la palabra para cada uno en el aula, sin distinciones o privilegios, ni siquiera para los cardenales, ¡era de 4 minutos! Ciertamente, en los *circuli minores* se daba más espacio al diálogo y debate, pero incluso allí, si se quería de verdad participar en un intercambio, se comprendía la importancia de la “*taciturnitas*”, como diría san Benito, es decir, de un silencio que mortifica la propia palabra, la propia idea, para dejar hablar al otro, para escuchar al otro. Entonces, se ve que lentamente una verdad toma forma, brota como una fuente, que no viene ni de uno ni de otro de los presentes, sino del Espíritu. Esto debemos recuperarlo siempre en nuestras comunidades.

## **Escucha sinodal**

Creo que es en este sentido en el que hemos de entender la insistencia de la última parte del *Documento final* sobre la *sinodalidad*, como característica de la vida y de la misión de la Iglesia (DF 119ss). “Sinodalidad” significa “caminar juntos”, pero, como subrayaba el Papa en un discurso de 2015, es un camino que avanza solo si hay una escucha recíproca: «Una Iglesia sinodal es una Iglesia de la escucha, con la conciencia de que escuchar “es más que oír”. Es una escucha recíproca en la que cada uno tiene algo que aprender. Pueblo fiel, Colegio episcopal, Obispo de Roma: el uno a la escucha de los otros; y todos a la escucha del Espíritu Santo, el “Espíritu de la verdad” (Jn 14,17), para conocer lo que Él “dice a las Iglesias” (Ap 2,7)» (FRANCISCO, *Discurso en la Conmemoración del 50º aniversario de la institución del Sínodo de los Obispos*, 17 de octubre de 2015; citado en DF § 122).

Tampoco aquí podía dejar de oír el eco de un capítulo de la Regla de san Benito, al que quizá no valoramos lo bastante y no lo actualizamos suficientemente: el capítulo 3 sobre la convocatoria de los hermanos a consejo. La Iglesia nos dice que ha llegado el tiempo de tomarlo verdaderamente en serio.

Sabemos que en este capítulo san Benito pide al abad, cuando se debe decidir algo importante, convocar a toda la comunidad, exponer el asunto, escuchar a todos, meditar sobre todo lo que se ha dicho, y tomar después una decisión.

La convicción de san Benito es la de que una comunidad solo se construye escuchando al Espíritu Santo, y que al Espíritu solo se le escucha escuchando a todos, y si todos se escuchan los unos a los otros. En el capítulo 3 se ve que para llegar a alcanzar esta escucha al Espíritu Santo, el abad no consulta de forma separada a cada hermano, no va a buscar a cada hermano para preguntarle qué piensa, sino que reúne a la comunidad y escucha a cada uno de sus miembros, de forma que la opinión de cada uno es escuchada por todos. Por lo tanto, el abad no invita a los hermanos solamente a hablar, sino a escucharse mutuamente con humildad. El don del consejo nace de la disponibilidad de cada uno a expresarse escuchando a los demás, porque en un verdadero diálogo cada uno es ayudado por los hermanos a comprender lo que piensa verdaderamente él mismo. No se trata de un procedimiento puramente democrático, porque la autoridad no es la de la mayoría, sino la del Espíritu que nos revela al Verbo del Padre como luz para los pasos que debemos dar hoy.

La comunidad, como les gustaba definirla a nuestros Padres cistercienses, es un "*auditorium Spiritus Sancti* – un auditorio del Espíritu Santo" (cf. Guerrico d'Igny, *Serm. Adv.* 5,2; *Serm. Nat.* 5,2; *Serm. Epif.* 3,6), un lugar de silencio y de palabra, consagrado a la escucha del Espíritu Santo. En la humildad de ponerse los unos a la escucha de los otros, crece en todos una sensibilidad al don de consejo, que más que un juicio frío sobre lo que se debe hacer para no equivocarse, es una sabiduría, un gusto por lo verdadero y lo bello, un gusto por el esplendor de la verdad en la caridad, que nos hace acoger el don del Espíritu que quiere encarnar la presencia de Cristo en este momento de la vida de la comunidad y de la Iglesia, en esta circunstancia, en esta prueba. Cuando se discierne de un modo verdaderamente eclesial, sinodal, no hay nunca vencedores ni vencidos, sino que todos contribuyen a que acontezca y se realice la verdad en el Espíritu, que siempre es buena, incluso cuando nos contradice.

Con demasiada frecuencia en las comunidades, y también en la Iglesia, se dan tensiones y conflictos porque se vive de un modo superficial la sinodalidad, el discernimiento común para caminar juntos. Cada uno busca solo la victoria de sus propias ideas, opiniones y elecciones, y no la manifestación en nosotros y en el mundo de la victoria de Jesucristo, camino, verdad y vida (cf. Jn 14,6). Por este motivo nos damos cuenta cómo ciertas comunidades no son sinodales, es decir, no "caminan juntas", no avanzan, giran entorno, o pretenden que su salvación venga de fuera, en lugar de dejarla emerger del interior, como lo pide san Benito en el capítulo 3 de la Regla. El don del Espíritu no llega como la lluvia, aún menos como un riego que se obtiene conectándose a tuberías externas, sino como una fuente que Dios quiere hacer brotar en el corazón de cada persona o comunidad, que con fe bebe de la Fuente que es Jesús presente en medio de nosotros: «El que tenga sed, que venga a mí y beba el que cree en mí; como dice la Escritura: "de sus entrañas manarán ríos de agua viva". Dijo esto refiriéndose al Espíritu, que habían de recibir los que creyeran en él.» (Jn 7,37-39)

Es necesario reavivar nuestra fe en Cristo, en la Iglesia "una, santa, católica y apostólica", así como nos implica a través de nuestra Orden y de cada una de nuestras comunidades. Es

decir, es necesario activar el *auditorium Spiritus Sancti* que es cada comunidad, que es la Orden en su conjunto, y esto para ser miembros vivos del Cuerpo de Cristo que es la Iglesia y, por lo tanto, para participar en la misión de salvación universal por la que Jesús ha venido y permanece presente hasta el fin del mundo.

## **Acompañar**

El “caminar juntos” comporta un acompañamiento. Si hay algo necesario que aúna a todos los jóvenes es la necesidad de ser acompañados en el camino de la vida. El *Documento final* del Sínodo dedica a este tema todo el tercer capítulo de la segunda parte (DF 91-103), y vuelve sobre este tema en varias ocasiones. También en nuestra Orden nos lo estamos recordando con frecuencia. Allí donde falta el acompañamiento, quiere decir que faltan los adultos, las personas maduras que han tenido experiencia de la vocación, del seguimiento de Jesús, de la comunión fraterna, de la oración como relación de amor con Dios. Allí donde falta el acompañamiento, quiere decir que aquellos que deberían ser padres o madres no han sido hijos e hijas, no han sido acompañados a su vez. El acompañamiento es, en el fondo, una forma de dar testimonio. No hay necesidad de ser más inteligentes, más instruidos o más santos que los demás, sino de haber tenido experiencia de la Iglesia como Madre y Maestra en la que se nos ha concedido el caminar juntos para vivir con plenitud nuestra humanidad. Si no acompañamos, no engendramos. Cristo se ha hecho hombre para acompañarnos, con extrema paciencia, en el camino de la vida hacia la plenitud que Él nos quiere transmitir. ¡Cuánta paciencia tiene Jesús acompañando a los apóstoles, acompañando a los discípulos de Emaús, y ahora acompañando a la Iglesia, nosotros, hasta el fin del mundo!

Diría que es precisamente en la disponibilidad a acompañar donde escogemos la preferencia del tiempo al espacio, como el Papa Francisco nos lo recuerda en la Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*: “Darle prioridad al tiempo es ocuparse de *iniciar procesos más que de poseer espacios*” (EG 223).

Preferir dar tiempo más que conservar espacios de poder quiere decir dar prioridad a las personas, respetar su libertad y vocación, viviendo el presente de nuestra vida y comunidad, más que hacer proyectos para el futuro que deseamos, proyectamos y pensamos controlar por nosotros mismos. Quiere decir también abrazar con Cristo la lógica de la encarnación, dejándonos salvar más por la presencia del Emanuel que vive, muere y resucita por nosotros y con nosotros, que darnos una ley a aplicar con nuestras fuerzas y capacidades. El acompañamiento no es tanto una técnica pastoral, ni solamente una práctica necesaria para la formación. El acompañamiento que nos damos los unos a los otros en la comunidad, como el que ofrecemos a los más jóvenes, nace y se alimenta en la conciencia de que Jesús está presente y camina con nosotros. Está presente en quien acompaña, pero está presente también en quien necesita ser acompañado, porque la necesidad de ser acompañado es la pobreza estructural de todo ser humano, y Jesús está siempre presente en nuestras pobreza pidiéndonos amor.

## **Detenernos para caminar juntos**

El acompañamiento comienza por un *detenerse* ante Cristo que viene a nosotros. Los discípulos de Emaús son alcanzados por Jesús que se pone a caminar junto a ellos. Al principio no le prestan atención. Están demasiado absortos por sus problemas y discursos, por sus proyectos y por sus desilusiones. Como a menudo lo estamos también nosotros ante nuestras comunidades, ante cada persona en particular, y, a veces, ante toda la Iglesia.

Pero llega el momento en el que la presencia de Jesús nos interpela, nos interroga: “¿Qué discusiones son estas que tenéis entre vosotros mientras vais andando?” (Lc 24,17a). Entonces, los dos discípulos se detienen y desde ese instante puede comenzar el acompañamiento de Jesús que les conduce pacientemente a la verdad, a la alegría y al don de su vida para dar testimonio del Resucitado.

“Se detuvieron con el rostro triste” (Lc 24,17b). Se detienen, miran a Jesús, aunque no lo reconocen, y están ante Él tal y como son, sin máscaras, exponiendo ante Él su tristeza, su confusión, su no saber qué pensar, dónde ir, qué hacer, a quién creer, qué esperar.

Me doy cuenta que este es el momento de gracia que estamos llamados a vivir, en las comunidades, en la Orden, como en toda la Iglesia: sabernos detener tal y como somos, con un destello de intuición de que Jesús está ya aquí con nosotros, dejarle ver la situación en la que nos encontramos; y desde aquí dejarnos acompañar por Él hacia la revelación plena y luminosa de su Rostro en el pan partido de la Eucaristía. Si no nos detenemos así, no caminaremos con Jesús, no escucharemos su palabra, no tendremos experiencia del ardor del corazón, ni tampoco nuestro caminar juntos será otra cosa sino un estéril continuar lamentándonos que no conduce a otra cosa sino a la disminución de la luz y al enfriamiento del amor. Pero no debe ser así, porque Cristo está presente, nace para esto, para esto vive, muere y resucita: para caminar con nosotros y concedernos caminar unidos entre nosotros, con Él en el centro. Cuando permitimos a Jesús hacer que arda nuestro corazón en Su presencia, escuchando su palabra y recibiendo el don de su Espíritu, nuestros corazones están también inmediatamente en comunión entre ellos y con los corazones de todos los hombres y mujeres del mundo.

### **La raíz del martirio**

Este año, la Familia Cisterciense ha recibido el don de la beatificación de ocho mártires: P. Janos Anastasio Brenner, que fue monje de Zirc, y los siete monjes Trapenses de Tibhirine. Me conmueve que el martirio de todos estos hermanos haya sido fruto de la decisión de “detenerse” para estar con Jesús allí donde Él les pedía permanecer, aunque estaba claro que arriesgaban la vida. El martirio es el fruto de la libertad de estar más ligados a Jesús que a la seguridad de nuestra vida. Por esto, el martirio anuncia que Jesús es el tesoro más precioso y permite al Resucitado manifestar su Rostro al mundo. ¿No debe educarnos para esto la *estabilidad* diaria y humilde que san Benito nos pide para no preferir nada a Cristo el Señor? Jesús ha preparado en el silencio de Nazaret el gran testimonio pascual que dio en Jerusalén. Nuestros beatos Hermanos mártires nos invitan a esto, y ciertamente nos ayudan con su intercesión.

¡El recogimiento del Adviento y la alegría de la Navidad nos ayuden a detenernos, así tal como somos, para poner ante Jesús nuestra pobreza y fragilidad, como los pastores de Belén, para volver a comenzar corriendo juntos por el camino de la vida en el que el Señor, en su misericordia, no cesa de acompañarnos!

¡Gracias por todo y felicidades de corazón!

A handwritten signature in blue ink, reading "Mauro-Giuseppe Lepori O.Cist". The signature is fluid and cursive, with the letters 'M' and 'G' being particularly prominent.

*Fr. Mauro-Giuseppe Lepori  
Abad General OCist*